

# PROGRAMAS UNIVERSITARIOS PARA MAYORES: ¿EDUCACIÓN PARA LA REINSERCIÓN?

*Mariano SÁNCHEZ MARTÍNEZ*  
Universidad de Granada

## RESUMEN

Los Programas Universitarios para Mayores (PUM) pueden tener como una de sus finalidades la reinserción social de sus alumnos. Este objetivo conecta abiertamente a los PUM con la estructura social, más amplia, en la que se lleva a cabo, y propone enfatizar, más que la adaptación, el cambio, la participación y la recapacitación, para que los mayores puedan tener un mayor autocontrol sobre sus vidas personales y sociales.

## ABSTRACT

The so-called University Programs for Elders (UPE) may adopt among their aims the social reinsertion of their students. This aim links directly the UPE to the wider social structure in which they are implemented. Moreover, working towards the reinsertion means underlying, beyond mere adaptation, change, participation and empowerment of older adults for them to be able to gain more self-control on their own personal and social lives.

Hablar de reinserción social en relación con los Programas Universitarios para Mayores (en adelante PUM) significa dar un paso adelante, significa que no sólo preocupa lo que se está haciendo en esta actividad educativa dentro de las aulas sino cuáles son sus posibles repercusiones, sus consecuencias. Presentaré a continuación algunas reflexiones acerca del carácter reinsertador que los PUM pueden tener. Sin embargo, antes de adentrarme en la cuestión en sí conviene poner las cartas boca arriba y aclarar cuáles son algunas de mis convicciones de partida.

La primera es que las personas mayores ni son un grupo, ni un segmento, ni una clase, ni un conjunto delimitado por cualquier criterio que se quiera, incluido, por supuesto, el de la edad. No admitir esto de entrada, supone negar una evidencia y tener que enfrentarse con contradicciones difícilmente superables. Los mayores están ahí, existen, pero hay que descubrirlos, uno a uno, para conocerlos. Habrá coincidencias entre ellos, naturalmente, pero eso no es lo más importante: lo fundamental es lo que les diferencia, lo que, como seres humanos con vidas

distintas, les separa. Centrémonos más en lo heterogéneo, en lo distinto, y dejémonos de simplificaciones cómodas pero engañosas. Entre los alumnos mayores inscritos en un PUM hay de todo: más viejos y más jóvenes, maduros e inmaduros, satisfechos e insatisfechos, optimistas y pesimistas, bien educados y muy mal educados, beatos e irreligiosos, analfabetos y muy cultivados, solidarios e individualistas, trabajadores y vagos... Repito, entre los mayores, hay de todo.

Una segunda convicción: toda acción educativa supone, por definición, una alteración del estado de las cosas, ya sea para reproducir o para transformar ese estado. En consecuencia, resulta inaceptable el dictum según el cual toda actividad educativa debería considerarse como positiva, loable y beneficiosa. Antes de lanzarse a vender a diestro y siniestro las bonanzas de la educación y el aprendizaje durante toda la vida, es imprescindible preguntarse por el tipo de educación que se trata de promover. Dicho de otro modo: según el caso, hay que contar con la posibilidad de llegar a recomendar a las personas mayores que dejen de educarse, es decir, que no se impliquen en las actividades de un PUM, porque la Universidad no tenga nada que aportar para la satisfacción de sus necesidades o la realización de sus proyectos.

En tercer lugar, una convicción epistemológica: no es recomendable dejar en manos de la gerontología —aunque sea en su versión educativa— todo lo que tiene que ver con la educación de los mayores. Y no digo esto en virtud de lo que una u otra escuela gerontológica pueda defender; la razón es de mayor calado: en la gerontología, cualquiera que sea, se arranca del hecho incontestable del envejecimiento, y de la existencia de personas en fases más o menos avanzadas de este proceso, para luego ocuparse de estudiar cuál es la práctica educativa que conviene desarrollar con dichas personas. Frente a esta estrategia, definiendo otra, la de la gerontagogía. ¿En qué consiste? En este caso no se parte de la persona envejecida —lo que ya acarrea prejuicios y preconcepciones sobre lo que es un viejo o una persona mayor— sino del conocimiento de las relaciones, las prácticas y los procesos educativos, de cómo se construyen y cuáles son sus potenciales; es a partir de ellos, desde donde deberíamos encaminarnos al encuentro de la persona, cualquiera que sea —personas mayores en nuestro caso—, para descubrirla. En definitiva, son dos formas alternativas de acceso y construcción de un problema que, por tanto, se hace distinto: para la gerontología —educativa—, el envejecimiento es su razón de ser primera; para la gerontagogía, lo es la educación.

Si algo se desprende de estas tres convicciones es que, una vez más, las generalizaciones son inaceptables. Lo que viene a continuación no pretende ser, por tanto, un recetario de cosas a hacer. Mis palabras deben tomarse más bien como propuestas abiertas, eso sí, surgidas de una reflexión realizada al paso de una experiencia, en la que sentido común e investigación se han dado la mano. Me refiero naturalmente a la experiencia acumulada entre los cursos académicos 1994/95 —cuando la Universidad de Granada echó a andar su PUM bajo la

responsabilidad del Aula Permanente de Formación Abierta— y 1999/00, periodo en el que tuve la oportunidad de colaborar en la gestión de este PUM.

## 1. LAS COSAS, POR SU NOMBRE

Ya he dicho que preguntarse por la reinserción social es interesarse por los resultados del trabajo educativo desarrollado a través de los PUM. Ahora añado algo más: diferenciar educación y reinserción social, y decir que de la primera hay que pasar a la segunda es lo mismo que afirmar que no todo educación reinserta. ¿De qué reinserción social estamos entonces hablando?

El término reinserción, a primera vista, nos trae la idea de pertenencia a algo, de inclusión. Si la reinserción se califica de social, entonces parece claro que estaríamos hablando de la recuperación de nuestra posición en el mundo de nuestras interacciones y relaciones, ya sea a escala grupal, organizacional o macrosocial. La reinserción social invoca la recuperación de algo perdido: un quehacer, un estatus, una tarea, una responsabilidad, un rol... Lo que viene a decirse es que las personas mayores, gracias a su participación en las actividades de los PUM, están reubicándose socialmente en su mundo, algunas, y otras entrando en un mundo que tenían antes vedado. Pongamos dos ejemplos.

El primero podría ser el de una persona mayor jubilada que acude a la Universidad para aprender a pintar y hacer así un uso más satisfactorio de su tiempo libre. Podríamos decir que esta persona trata de reubicarse, de procurarse una nueva posición. En el segundo ejemplo podríamos tener algo distinto: un ama de casa de 60 años, desempleada, que acude a la Universidad buscando una formación que le permita conseguir un trabajo remunerado con el que pueda mejorar su poder adquisitivo. En este caso, esta persona trata también de conseguir una nueva posición social, pero con consecuencias que van más allá del ámbito personal, como parecía ocurrirle a la persona del primer ejemplo.

¿Qué se desprende de esto? Pues que la reinserción ha de considerarse como un cambio que se produce a muy distintos niveles, desde el netamente individual hasta el que podríamos llamar macrosocial. Estos niveles están conectados formando un espacio continuo, pero parece evidente que los tipos de cambio en uno y en otro han de tener diferentes grados de dificultad y, sobre todo, consecuencias distintas.

Por tanto, hablar de reinserción social como simple reacomodación no basta. Más allá de la adaptación y readaptación personal de los mayores a los cambios que viven, está la relación que tiene todo esto con la marcha de nuestras sociedades. Separar, por un lado, lo personal, y, por el otro, el nivel social más amplio, es uno de los primeros errores en los que podemos incurrir los PUM en su posible afán reintegrador. De hecho, expresiones como envejecimiento satisfactorio o envejecimiento consciente aluden específicamente a la parte más personal de ese

esfuerzo de adaptación que todos —no sólo los mayores— tratamos de hacer para salir airosos en el día a día.

Creo que si merece la pena preguntarse por las repercusiones que han de tener los PUM de cara a la reinserción social de sus alumnos, es, sobre todo, por el alcance más amplio, más profundo, de mayor calado, que dicho proceso puede tener en nuestras comunidades, por encima de las transformaciones experimentadas en las relaciones más primarias. Educar para la reinserción social significa, en efecto, educar para la integración, pero una integración que suponga una mejora de las condiciones de vida, tanto en lo personal como en lo social. Ahora bien, hablando, como lo estoy haciendo, de PUM, en los que la institución universitaria —macrosocial donde las haya— interviene, los mayores están claramente en inferioridad de condiciones, dominados por un mundo y por unas lógicas —las universitarias— que tratan de reproducirse con bastante independencia de los que esos mayores buscan o quieren. La reinserción social promovida por los PUM no puede consistir en una resocialización de nuestros alumnos para que —como parece ocurrir con los más jóvenes— acaben situándose en aquellos espacios delimitados de antemano al margen de ellos. Tal y como ha dicho la profesora Matilda White Riley, deberíamos huir de la vieja segregación etaria (por la edad) según la cual la educación y la formación era lo propio de los jóvenes, el trabajo y la formación de la familia constituían tareas de la edad adulta, y el ocio y el retiro constituían lo correspondiente a los mayores.

Recapitulando, cabría decir, por un lado, que reinsertar no tiene que ser solamente un cambio de posición personal sin repercusión en la sociedad. Pero, por otro lado, reinsertar socialmente a los mayores tampoco es plantearse qué hacer con ellos, qué nuevo rol buscarles, con el fin de que se puedan seguir reproduciendo las estructuras sociales sin riesgo alguno; por muy reinsertadora que quiera ser, toda educación de los mayores que decida por encima de ellos los cambios a los que deben enfrentarse, las nuevas posiciones que deben ocupar, las formas sociales a las que deben incorporarse, no será sino domesticación, aunque sea de nivel superior.

Así que, llamemos a cada cosa por su nombre. Para pasar de verdad de la educación a la reinserción social no es suficiente con instruir ni con formar; ante todo, hay que dialogar para descubrir qué tipo de reinserción —si alguna— quieren realmente nuestros mayores. Sólo mediante un proceso de construcción conjunta de las respuestas a esta cuestión se justificará el esfuerzo. Y nuestros alumnos mayores ya han demostrado que cuando se les pregunta saben responder. Esto nos recuerda una idea muy repetida en la actualidad y que puede quedar bien expresada con las palabras de la profesora María Teresa Bazo cuando afirma que las personas jubiladas sólo necesitan oportunidades, cauces, para desarrollar todo su potencial. Ellas están dispuestas a darlo.

## 2. EL ALCANCE DE LA REINSERCIÓN SOCIAL PROMOVIDA POR LOS PUM

Veamos ahora más a fondo lo que se esconde detrás de lo que podríamos llamar ideología de la reinserción de los mayores(1), que viene a significar un doble riesgo: por un lado, el riesgo de quedarnos en la mera representación de lo que los mayores pueden querer, y no ser capaces de traspasar esa ilusión para poder llegar a conocer su realidad en lo que se refiere a la reinserción; por el otro lado, el riesgo de utilizar este concepto para construir con él al mismo objeto del que habla, los mayores.

Podemos traducir a ejemplos los riesgos de esta ideología de la reinserción. ¿Qué pasa cuando nos fiamos de nuestra idea consciente y segura —pura ideología— de que las personas mayores, una vez jubiladas, desean desvincularse del mundo laboral? Pues que podemos llevarnos una gran sorpresa cuando descubrimos que los resultados de una encuesta española reciente echan esto por tierra; un 25 por ciento de los mayores de la muestra estaban de acuerdo en alcanzar el retiro antes de los 65 años; otro 25 por ciento pensaban que la edad de 65 años era la idónea para dejar de trabajar; pero el mismo porcentaje se mostraba a favor de seguir trabajando después de cumplidos los 65 años. ¿Cómo explicar este último 25 por ciento? ¿Qué hacer si algunos de esos mayores son los que llegan a la Universidad?

Otro ejemplo nos puede ayudar a entender el segundo de los riesgos ideológicos descritos. En el programa para mayores de Granada, guiados más por nuestra ideología que por un análisis crítico y reflexivo de nuestras convicciones, introdujimos en su momento una materia obligatoria sobre "Voluntariado Social" dentro del plan de estudios para alumnos mayores; después de dos años, la asignatura tuvo que ser eliminada del programa porque nuestros alumnos nos hicieron saber que ellos no venían a la Universidad —o, por lo menos, no venían fundamentalmente— a aprender cómo ser voluntarios y cómo implicarse en tareas de apoyo y mejora de sus comunidades. ¿Cuál fue nuestro error en el fondo? Intentar —eso sí, sin mala intención— que nuestra manera de percibir a las personas mayores —como caritativas, socialmente preocupadas por su entorno, interesadas en prestar ayuda, altruistas...— intentara modelarlas, forzar a que se adaptaran a nuestras expectativas. Pero la cosa no funcionó. Ahora bien, puede que en otras ocasiones el mecanismo de producción de los alumnos mayores esté surtiendo efecto, de modo que ellos acaben siendo —socialmente— lo que otros —los responsables de los PUM— han imaginado antes. Y si se piensa, por ejemplo, que estos alumnos deben reinsertarse, y encontrar nuevas posiciones sociales, porque se cree que eso mejorará su situación, se promueven de inmediato vías —a veces forzosas— para conseguirlo.

En el tema de educación para la reinserción social de las personas mayores juega un papel fundamental nuestra propia imagen —y todos tenemos una— acerca

de lo que los mayores son y quieren. Si en el mundo del periodismo se conoce el dicho "No dejes que la realidad te estropee una buena noticia", nosotros podríamos decir en el caso de los PUM "No dejes que la realidad de lo que son y quieren los mayores te estropee tus planes para reinsertarlos". En el fondo, estamos diciendo a estos alumnos: "Estad tranquilos porque nosotros sabemos lo que os conviene"; y lo cierto es que hay entre ellos quienes realmente lo están. Pero, ¿qué decir de los intranquilos?

Ideologías aparte, el alcance de la reinserción conseguida gracias a nuestra intervención educativa en los PUM resulta insospechado. No hay límite. Parece que los alumnos de los PUM se reconocen a sí mismos como cambiados a mejor una vez que han pasado por la Universidad; dicen notar un cambio positivo en sus vidas, en sus relaciones con amigos y familiares. Esto, si se quiere, puede interpretarse como una mejora de su situación social, ¿pero diríamos que estar mejor/más insertados en todos los sentidos no deja de ser sino una apreciación subjetiva —importante, sin duda— de su propio estado de ánimo? Lo que me pregunto es si sabemos cuál es la repercusión real de los PUM de cara a la transformación de las condiciones objetivas de la estructura social que impiden que los mayores logren una participación y una capacidad de intervención en nuestras sociedades a la altura de sus deseos. Esta cuestión nos la podríamos plantear con relación a todos los mayores, pobres y ricos, dependientes e independientes, analfabetos y alfabetizados, hombres y mujeres, etc. Me restringiré, por razones obvias, a los alumnos mayores de los PUM, abordando únicamente dos de esas condiciones objetivas.

## 2.1. PARTICIPAR Y DECIDIR

Una primera y obligada pregunta: ¿pueden los alumnos tomar parte en las decisiones conducentes a la concepción, organización y realización de los PUM? Si la respuesta es que no, o que sólo en una pequeña parte, las ínfulas reinsertadoras no pasarán de ser una manipulación educativa más —documentada, científicamente correcta y hasta bienintencionada, por supuesto— de las muchas que ya hay. No sería de extrañar —y resultaría hasta recomendable— por tanto que muchas personas mayores no quieran acercarse a la universidad: "Algunos estudios, sin embargo, indican que los estudiantes mayores prefieren las actividades educativas auto-dirigidas, independientes y los programas de aprendizaje informales ... [más que] los programas más formales ofrecidos en instituciones de educación superior" (McMahon, 1979).

Desde una óptica más internacional, se sostiene que la tendencia de la educación de los mayores se dirige más hacia modelos de auto-aprendizaje, dirigidos por los propios implicados, y en los que el papel de la universidad, si alguno, es secundario. De hecho, en nuestro país tenemos buenos ejemplos de

iniciativas educativas autogestionadas por los mayores. Al respecto nos preguntamos si no podría ser una buena aportación de las universidades el que se mantuvieran respetuosamente distantes, y en disposición de colaborar si llega el caso, y sin tratar de incautarse de lo que los propios mayores han puesto en marcha. Al menos parece honesto reconocer que la universidad española, en general, está aún lejos de admitir que sean los propios alumnos mayores los que tomen las riendas de su educación en la institución. Y esto se justifica en el carácter público de la mayoría de nuestras universidades, responsables de ejecutar una misión social que, hasta ahora, no afectaba directamente a las personas mayores. Así que estamos necesitados de respuestas.

¿Por qué deberían las universidades desarrollar los programas para mayores? Posibles justificaciones podrían ser: para favorecer que los mayores estén al día, bien (in)formados y, por ende, puedan participar activamente en la marcha de la sociedad; para extender a los mayores la igualdad de oportunidades de acceso a la educación superior; para aprovechar más y mejor los recursos de los que disponen las universidades, y de paso conseguir una nueva clientela, etc. En la corta historia de los PUM en España, se puede vislumbrar una cierta trayectoria: el asistencialismo, el entretenimiento, la simple compasión, el altruismo, el prestar un servicio social a este grupo de personas o la difusión de la cultura son algunos de los motivos típicos por los que se han organizado estas actividades. En pocas palabras, la lógica subyacente viene a ser, fundamentalmente la siguiente: los mayores tienen derecho a la educación, así que abrámosles las puertas de la Universidad y que aprendan. Es lo que Ronald Manheimer ha llamado el modelo de los servicios sociales. Junto a esto, también tenemos algún ejemplo de PUM más gerontológicos, es decir, destinados a enseñar a los mayores aspectos —biológicos, psicológicos, nutricionales...— sobre su propio proceso de envejecimiento para que, conociéndolo mejor, puedan hacerle frente de manera más eficaz; éste sería el llamado modelo médico.

Planteándose la misma reflexión acerca de las razones para sostener los PUM, Harry Moody (1993) nos pregunta: ¿tenemos entre manos un trabajo de entretenimiento, uno de cultivación intelectual o más bien uno de inversión social en capital humano? Pues bien, sea cual sea nuestra respuesta de entre las citadas, nuestra justificación, en el caso de los PUM hay algo insoslayable —y de paso vinculante para cualquier pretensión de reinserción social de nuestros alumnos—: lo que pretendamos conseguir estará limitado por nuestra manera de promover en ellos más que la participación la dirección y el liderazgo de los mayores. ¿Están las universidades preparadas para esta cesión de poder? Porque estamos hablando de eso precisamente, de trasladar poder, de empoderar a los mayores que se implican en estos programas. De ser así, realmente podríamos llegar a pensar que sería posible el paso de la educación a la reinserción social, entendida del modo en que la he presentado aquí, con alcance social y desestructurante a todos los niveles, si así lo pretenden nuestros alumnos.

El profesor Alan Walker (1999) dice que son cinco los retos a los que debe hacer frente una sociedad para controlar con éxito su propio proceso de envejecimiento: 1) garantizar la seguridad económica de los mayores; 2) mantener la solidaridad intergeneracional; 3) combatir la exclusión social causada en virtud de la discriminación por razón de edad, siendo la forma más importante de discriminación la división entre los mayores productivos económicamente y los improductivos, a la luz de las exigencias del mercado laboral; 4) proporcionar adecuados cuidados a largo plazo para estas personas, en el contexto de los cambios que están experimentando los modelos familiares y residenciales; y 5) posibilitar que los mayores puedan participar como ciudadanos de pleno derecho: buscar nuevos roles y posiciones de estatus acordes con una sociedad más envejecida; hay que intentar pasar de la implicación al empoderamiento de los mayores, sobre todo de los más desfavorecidos.

¿Podrían nuestros PUM asumir, con los propios mayores, la construcción de vías de actuación conducentes al logro de alguna de esas cinco condiciones? Y conviene aclarar que cuando se habla de buscar nuevos roles a los mayores se puede caer en la trampa funcionalista, según la cual el rol es sólo "la conducta esperada de un individuo que ocupa una posición particular en el marco social" (Kalish, 1996: 125); según esto es ese "marco social", el sistema al fin y al cabo, el que marca el camino que los mayores, de forma voluntarista y propositiva, han de internalizar y seguir. A estas alturas, la percepción de la acción social, del comportamiento social de los sujetos, es otra bien distinta: los actores/agentes ejercen un control reflexivo sobre su actuar, de manera que, a la vez que la estructura social de la que forman parte les sirve de empuje, ellos pueden ayudar a transformarla y/o reproducirla con su propio quehacer. Pasemos, por tanto, a una consideración más positiva acerca de las capacidades de los mayores para intervenir con éxito en el control de sus esfuerzos —si es que los hacen— por reinsertarse (no olvidemos que, en España, el 62% de los mayores de 65 años piensan que la sociedad les trata bien y el 59,5% reconocen sentirse bien, y ven la vida como algo agradable; ¿por qué reinsertarse entonces?).

## **2.2. DEL ENVEJECIMIENTO SATISFACTORIO AL ENVEJECIMIENTO PRODUCTIVO**

Mi segundo punto de atención acerca de cuáles son las condiciones objetivas que limitan una auténtica y auto-definida reinsertión social de los mayores está vinculada con esa reinención de nuevos roles a la que acabo de referirme. ¿Podemos pensar que la reinsertión social venga de manos de un aumento del compromiso productivo de las personas mayores, facilitado precisamente a través de nuestros PUM?

El concepto de envejecimiento productivo (Bass, Caro & Chen (1993) y Bass & Caro (1996)) ha sido definido como “cualquier actividad, pagada o no, realizada por una persona mayor que produce bienes y servicios o que desarrolla la capacidad de producirlos. El término está restringido a las actividades con repercusiones para la comunidad o la sociedad”. Ejemplos de actividades de este tipo son el voluntariado —sea o no en su versión intensiva (Morris & Caro, 1995)— o el trabajo remunerado.

Sin embargo, lejos de la interpretación estrictamente economicista del término, productividad ha de entenderse en su sentido amplio como el conjunto de beneficios que podemos conseguir para los propios mayores pero, sobre todo, a través de ellos para la comunidad —de la que, por otro lado, ellos mismos forman parte—. De este modo, el periodo de la vida posterior a la jubilación laboral pasa de ser considerado un residuo —en términos de producción y aportación a la sociedad— a concebirse como una época de la vida adulta tan cargada de responsabilidades y posibilidades como lo pudieron ser las anteriores. “Resulta pues conveniente iniciar líneas de investigación que pongan de relieve las actividades de las personas en sus últimos años. Actividades que, en su mayor parte, no son consideradas económicamente productivas” (Bazo, 1996: 210).

Más que la idea de una vida personal capacitada —en sentido fisiológico y psicológico—, que es lo que destaca el concepto de envejecimiento satisfactorio, el envejecimiento productivo pretende resaltar que la persona mayor tiene un rol social que cumplir; es aquí donde la reinserción social adquiere su máximo interés. Los mayores, algunos mayores que quieran y puedan, no deben quedar en la periferia, en el margen de la sociedad sino que pueden estar situados en su centro y en posiciones de vanguardia desde las que influir poderosamente, por ejemplo, en la toma de decisiones en torno a las políticas sociales que les han de afectar.

Que no se interprete que trato de encajar a las personas mayores en nuevo puzzle sistémico funcional, nada de eso; definiendo las posibilidades de las personas mayores —que no tienen por qué coincidir con los ancianos, con los viejos— para autodeterminar sus acciones, eso sí, en el marco de un contexto socialmente estructurado y estructurante. Ni subcultura, ni grupo, ni masa, ni clase, ni movimiento; los mayores son lo que son, muchas veces para sorpresa nuestra, que tratamos más bien de producirlos. Desde luego, si propiciáramos las condiciones adecuadas, más de uno nos podríamos ver seriamente sorprendidos de lo que los adultos más mayores son capaces de hacer: “Si el trabajo y el voluntariado se presentaran mejor como opciones para los mayores, muchas de estas personas se interesarían. La cifra de mayores finalmente implicados en trabajo remunerado o voluntariado dependerá tanto de lo atractivo que sean como de las opciones con las que tengan que competir” (Bass, Caro & Chen, 1993: 12-13).

De producirse esto, muy, muy lejos quedaría la percepción de que la última fase de la vida adulta ha de ser irremediamente de retroceso, déficit,

marginación, ‘merecido descanso’ o desenganche —sin que con esto ignoremos que no todos los mayores pueden escapar de una vida que responde más bien a las características que acabo de mencionar—.

Pienso que la manera de enfocar los fines que debe perseguir un PUM, al menos en el contexto español, está falta de un aprovechamiento de conceptos como el de envejecimiento productivo, que aporten un acercamiento crítico a la cuestión de la relevancia social de las personas mayores. Un cometido fundamental de la teoría crítica en este campo ha de ser el de proponer modelos positivos de envejecimiento, que enfatizen y ayuden al desarrollo de las potencialidades personales y, sobre todo, sociales de las adultos más mayores. Como dice Moody, un estudio crítico del envejecimiento debe, entre otras cosas, ayudar a la producción de un conocimiento emancipatorio para los propios mayores.

Según este punto de vista, los PUM podrían comprometerse —con sus propios alumnos— en tareas como la recolocación laboral (1), los programas de voluntariado intensivo, el fomento de tareas de investigación realizadas bajo la dirección o con el apoyo de los mayores, la amplísima variedad de programas intergeneracionales, la formación de los mayores como agentes de desarrollo comunitario, gestores de bienes culturales, líderes del movimiento asociativo, etc. Entre los alumnos universitarios mayores —que no incluyen a todos los mayores— bien podemos encontrar a personas con la cualificación y el deseo de implicarse en este tipo de actividades, que necesitan de la educación de un modo u otro, pero que van destinadas a una inserción de gran calado, con serias aspiraciones de transformación de las expectativas existentes sobre lo que los mayores son y lo que, a su edad, les corresponde hacer —"A la vejez, viruelas", podríamos decir, pero sin el sentido peyorativo tradicional de la expresión—.

### **3. LA REINSERCIÓN NO ES UNA VUELTA AL PASADO**

Sólo una concepción miope del término “reinserción social” podría ver en él una mera adaptación a lo que hay, es decir, un cambio de posición social que no llevase aparejado —al menos en algún caso— la creación de nuevas posiciones sociales. Reinserción significa, también, recreación, innovación y no simple reproducción. Por tanto, apunta más hacia el futuro que hacia el pasado o el presente.

Y hablando de futuro parece que todos tenemos claro que el tipo de alumno mayor que vendrá a nuestras aulas en una década será cualitativamente distinto: con mayor formación previa, probablemente hasta universitaria, con un acceso mejor a bienes materiales y culturales, y con más capacidad para tomar las riendas de su propio aprendizaje. ¿Qué seremos capaces de ofrecerle nosotros entonces? Ciertamente no la ilusión de ir a la universidad, ni el reconocerle su derecho a la educación formal, ni el acceso al conocimiento. Y es ahí donde entrará de lleno la necesidad de buscar una (nueva) misión a los PUM, que quizá pueda ir por la vía de

la productividad señalada más arriba, a la altura de una sociedad donde ser competente es cada vez más complicado —con el riesgo de exclusión que ello lleva implícito— y, al mismo tiempo, no puede estar sólo al alcance de unos pocos. Se ha avisado del peligro que corren los PUM de politizarse —al tratar de fomentar la emancipación de sus alumnos— y de aumentar las brechas existentes entre los propios mayores —creando una elite de letrados—. Hay que pensar sobre ello, pero haciéndolo sin temor, y fascinados por las consecuencias —previstas e imprevistas— que pueda acarrear este interesante quehacer que los PUM llevan entre manos.

- (1) Esta expresión está inspirada en la de ideología de la resocialización, utilizada por Roberto Bergalli.
- (2) Un estudio reciente publicado por The Economist explicaba que si en 1960 se podía esperar pasar 50 de los 68 años de vida en el trabajo, se calcula que el periodo actual de empleo de un trabajador se ha reducido a 38 años de sus 76 de esperanza de vida. Si a esto le sumamos la falta de sustitución de la población jubilada por otra más joven, la conclusión es que en muy poco tiempo nos veremos obligados a pedir a algunos retirados que vuelvan a su puesto.

## BIBLIOGRAFÍA

- BASS, S. A.; CARO, F. G.; y CHEN, Y. P. (1993). "Introduction: achieving a productive aging society". En S. A. Bass, F.G. Caro e Y. Chen (eds.). *Achieving a productive aging society*. Auburn House, Westport, CT, pp. 3-25
- BASS, S. A. y CARO, F. G. (1996). "Theoretical perspectives on productive aging". En W. H. Crown: *Handbook on Employment and the Elderly*. Greenwood Press, Westport, Connecticut, pp. 262-275
- BAZO, M. T. (1996). "Aportaciones de las personas mayores a la sociedad: análisis sociológico". En *REIS*, nº 73, enero-marzo, pp. 209-222
- BERGALLI, R. (1987). "Ideología de la resocialización. La resocialización como ideología. La situación de España". En *Paper d'Estudis y Formació*, núm. especial. Departament de Justicia. Generalitat de Catalunya
- KALISH, R. (1996). *La vejez: perspectivas sobre el desarrollo humano*. Madrid: Pirámide
- McMAHON, R. (1979): *Historias y estereotipos*. Madrid: Ediciones de la Torre
- MORRIS, R. y CARO F. G. (1995). "Using retirees to address social ills". En *Ageing International*. September, pp. 16-22
- WALKER, A. (1999). *Gestión de una mano de obra que envejece: guía de una buena práctica*. Luxemburgo: Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas